canicista que Spencer proclamó tomando sus principios y la savia de su doctrina de la filosofía de la naturaleza de Scheling, para el cual quedaba siempre la energía, la fuerza permanente en la sociedad, transformándolo y mudándolo todo. No de la evolución de los organicistas, no de la evolución del monismo de la escuela de los hegelingios; pero sí de esa otra evolución que han admitido excelsos filósofos y que con sólo abrir los ojos y posarlos sobre las páginas de la historia se destaca con tal relieve, que produce un íntimo convencimiento en los hombres observadores: es la evolución que el mismo Aristóteles preconizó, para la que San Pablo tuvo sublimes acentos y los filósofos todos de la Edad Media, los escolásticos entre ellos, llegando algunas veces hasta rebasar las fronteras de la transformación.

Engels ha expuesto su opinión sobre esta evolución en palabras cuya sustancia recuerdo. La antigua filosofía, ha dicho, la del método metafísico, admite una suma de ideas y de principios permanentes, que no mudan, independientes del espacio y del lugar, y, en este sentido, eternos. La moderna filosofía, aquella que tiene su entronque en Hegel, la del método dialéctico, no admite ningún principio inmutable más que el de las ciencias matemáticas. (Yo no sé por qué han de ser esos más inmutables que los demás.) En los demás, todo muda, todo cambia, todo se transforma realmente: el hombre, su pensar y su sentir y su propia naturaleza; el universo entero. Sólo hay una cosa permanente, un principio inmutable: el eterno *fieri*.

© 2011 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación